

Un momento se detuvo en la familia de Amri; pero si coronó tres cabezas, parece que no fué sino para aumentar las iniquidades en Israel y obligar á la Justicia divina á derribarla de la tercera con mayor estruendo.

Nada se dice de Amri, exceptuando sus maldades, que merezca la atencion, sino haber sido el fundador de la cismática Samaria. Como Zambri quemó el palacio real de Tersa, y con él se quemaria parte de la ciudad, Amri, que habia conocido la debilidad de esta plaza por su poca resistencia al sitio que la puso, no trató de reedificarla sino de edificar una nueva en terreno defendido por la naturaleza. Habia no léjos de Tersa un monte llamado Someron de Somer, á quien pertenecia. Amri compró este monte y en él edificó su nueva ciudad, que llamó *Samaria* del nombre del monte Someron ó de *Somer* su dueño. Despues de haber tenido Amri su corte en Tersa seis años, la trasladó á Samaria, que vino á ser con el tiempo una de las ciudades mas fuertes de aquellos siglos. Émula Samaria y enemiga perpétua de Jerusalen, fué el centro del cisma y de la idolatría hasta su ruina. Amri quiso que excediese á Siquem y á Tersa que habian sido las cortes de sus antecesores, y levantó en ella muchos y grandes edificios; sobre todo edificó una multitud de templos á la multitud de ídolos que adoraban los idólatras Israelitas; y en esta ocupacion fatal le halló la muerte. Amri tuvo de comun con sus antecesores que hizo, como ellos, lo malo delante del Señor y auduvo en todos los caminos de Jeroboan y en sus pecados, con los cuales hizo pecar á Israel, y de particular que obró, dice el texto sagrado, mas inicuaamente que todos los que le habian precedido, irritando al Señor, Dios de Israel, con sus idolatrías. Parece que habia en los reyes de Israel un empeño sobre quien habia de ser mas impío, mas supersticioso, mas corrompedor del pueblo, mas enemigo de Dios y mas furioso perseguidor de la religion; y Amri los excedió á todos. Murió á los doce años de reinado y fué enterrado en Samaria su nueva

corte, dejando la corona de Israel á su hijo Acab, nuevo monstruo de impiedad, mas perverso aun que su padre, mas sanguinario que Baasa y mas obstinado que Jeroboan.

ACAB, OCTAVO REY DE ISRAEL.

Hizo Acab, hijo de Amri, lo malo delante del Señor sobre todos los que fueron antes de él. Con este elogio principia el historiador sagrado la historia de este perverso príncipe. Apenas se sentó en el trono, trató de asegurar en todo el reino el culto de los ídolos, demasiadamente arraigado ya en los corazones de los súbditos. Ejemplos, promesas, amenazas, persecuciones, tiranías, poder, autoridad... todo se empleó para esto, y fué un milagro que quedase un solo fiel en todo Israel. No bastó á Acab, continua el historiador sagrado, el andar en los pecados de Jeroboan, sino que tomó por mujer á Jezabel, hija de Etbaal, rey de los Sidonios. Era Jezabel de la reprobada raza de los Cananeos, mujer imperiosa, cruel, perversa, ciega por el culto de los ídolos... en suma, era una mujer digna de ser esposa de Acab, y de reinar sobre el rebelde Israel. Entró esta mala hembra en el palacio de Acab como una furia enviada del abismo con el encargo de acabar con las reliquias de la religion verdadera en todo el reino. Era Baal el ídolo de Sidon, patria de Jezabel, y al que Jezabel preferia sobre todos los ídolos. Llevó su culto á Samaria y puso al dios Baal por cabeza de todos los dioses. Esta mujer soberbia dominó desde el primer dia de su matrimonio á su débil marido, y este no supo hacer otra cosa en todo su reinado que obedecerla y complacerla. No tenia necesidad este rey idólatra de que nadie le empujase en el camino de la idolatría, pero Jezabel vino á precipitar el movimiento y á sumergirle en su abismo. Acab, por disposicion de Jezabel y para darla gusto, edificó en medio de Samaria, su corte, un templo y un altar, y colocó en él á Baal, dios de Jezabel, y por consiguiente tambien

de Acab. Plantó un bosque y se le consagró, y con esto irritó Acab al Señor sobre todos los reyes de Israel que hubo antes de él. En su reinado, con su anuencia y en desprecio de las maldiciones que habia fulminado Josué contra el que reedificase la ciudad de Jericó, el temerario Hiel la reedificó, aunque á costa de todos sus hijos, como ya dijimos y puede verse en el primer tomo bajo del epígrafe: *Toma de Jericó, pág. 268.*

ELÍAS, GRAN PROFETA DEL SEÑOR.

Dominado siempre Acab por la furiosa Jezabel, no habia hecho otra cosa desde que se hallaron juntos en el trono que empeorar su mala conducta. Con todo eso no perdonó el Señor ni avisos ni castigos á fin de ablandar su corazon. El año cuarto de su reinado suscitó para que le hablase á Elías Tesbita, de la region de Galaad, profeta de un carácter muy particular. El historiador sagrado le introduce como otro Melquisedec, sin padre, sin madre, sin genealogía... No nos dice quién es su padre, como acostumbra; tampoco nos dice á qué tribu pertenece, ni á qué familia, ni de dónde viene, ni cómo ha sido llamado al ministerio de profeta. Sale repentinamente de la oscuridad, se presenta en la corte y delante de Acab, de este rey impío, y sin saludarle ni tomar licencia para hablarle, le intima un castigo que él mismo va á atraer sobre su reino. Vive el Señor, Dios de Israel, le dice con una intrepidez que debió asombrarle y sobrecogerle. Vive el Señor, Dios de Israel, en cuya presencia estoy, que no caerá rocío ni lluvia en estos años, sino segun la palabra de mi boca: y sin hablar mas, ni despedirse, se va á ocultar en las riberas del arroyo de Carit, cerca del Jordán, segun la orden del Señor. Este primer paso de Elías nos anuncia ya un hombre intrépido y poderoso sobre el poder de los hombres y

los reyes; un hombre prodigioso, cuyos hechos le pintarán incomparablemente mejor que nuestros elogios.

Le alimentan los cuervos.

Retirado Elías á las riberas del Carit, no llevó otra provision para vivir que la divina Providencia, la que multiplicó sus prodigios para mantener al profeta. Los cuervos desde el primer dia le traian pan y carne por la mañana y pan y carne por la tarde, y bebia del arroyo; pero no llovía ni caía rocío, y el arroyo llegó á secarse enteramente antes de pasar un año. Entonces le dijo el Señor: Véte á Sarepta, ciudad de los Sidonios. Allí estarás, porque ya he mandado á una mujer viuda que te alimente. Habia enviado Acab á buscar á Elías por todas partes, respondiendo de todas: No está aquí; habia conjurado á todos los reinos y naciones para que le descubriesen. El reino de Sidon estaba al poniente del reino de Israel y el torrente de Carit al oriente, y era preciso para ir á Sarepta atravesar todo el reino; pero nada paró á Elías. Al momento dejó á Carit y se encaminó por medio de Israel á la ciudad de Sarepta, y le cruzó de parte á parte sin que nadie le descubriese á pesar de tantas pesquisas. El Señor multiplicaba los prodigios con Elías, y así como le alimentaba, así tambien le cubria con las alas de su proteccion.

Cuida de él la viuda de Sarepta.

Llegó al fin sin novedad á las puertas de Sarepta, y sin saber quién era la viuda á quien el Señor le enviaba, mas luego alcanzó á ver en el campo una mujer que andaba recogiendo leña y la llamó y dijo: Dáme en un vaso un poco de agua para beber; y yendo ella á traérselo, gritó á su espalda: Traeme tambien, te ruego, un boca-

dito de pan. Volvióse la mujer hácia Elías y con un tono de aflicción le dijo : Vive el Señor, tu Dios, que no tengo pan sino un poco de harina en una tinajilla como la que cabe en un puño y un poco de aceite en una aceitera, y ve aquí que estoy recogiendo unos palos de leña para ir á cocerlo para mí y para mi hijo, y comérmolos y despues morirnos. La impía Jezabel era del país de Sidon, y el hambre se habia extendido á su país. No temas, dijo á la mujer Elías. Anda y haz como lo has dicho; pero hazme primero de ese poco de harina un panecillo cocido bajo de la ceniza y tráemelo, y despues lo harás para ti y para tu hijo, porque esto dice el Señor, Dios de Israel : No faltará harina en la tinajilla ni aceite en la aceitera hasta el dia en que el Señor dará lluvia sobre la tierra. Ella creyó, y su fe recibió el premio. Fué á su casa é hizo como la decia Elías; y comió él y ella y su hijo, y desde aquel dia no faltó harina en la tinajilla, ni se disminuyó el aceite de la aceitera, como lo habia dicho Elías.

Resucita al hijo de esta viuda.

Era demasiado feliz el estado de esta casa en medio del hambre y la miseria que afligia á las demás y no podia ser duradero, porque en el destierro, Dios, á quien ama, castiga. Al cabo de algun tiempo enfermó el hijo de esta viuda, y el mal fué tan recio que en pocos dias le quitó la vida. La pobre madre quedó inconsolable, y en el exceso de su dolor se fué á Elías, y le dijo : ¿Qué os he hecho yo, varon de Dios? ¿Habeis entrado en mi casa para que se renovase la memoria de mis pecados y perdiese por ellos á mi hijo? Dáme tu hijo, la dijo Elías, y tomándole de su seno, le subió al cuarto donde él habitaba, le tendió sobre su cama, y exclamó lleno de sentimiento : ¡ Señor y Dios mio! ¿aun á la viuda que me sustenta habeis afligido privándola de su hijo único? Dicho esto, se extiende, ó mas bien se encoge, y se mide tres veces sobre

el cadáver y vuelve á exclamar : ¡ Señor y Dios mio! vuelva, os ruego, el alma de este niño á su cuerpo. Oyó el Señor benignamente la voz de Elías, y volvió el alma del niño á entrar en él y revivió. Tomó Elías el niño y bajando abrazado con él al cuarto de su madre, se le entregó diciendo : Ahí tienes vivo á tu hijo. El gozo de la viuda solo podria conocerle una cariñosa y tierna madre que hubiera visto morir á su hijo único y le recibiera despues vivo. La buena Sareptana no sabia cómo manifestar al Dios de Israel y á su profeta su tierno agradecimiento, y solo acertó á decir : Ahora, señor, conozco que sois un varon de Dios, y que la palabra de Dios es verdadera en vuestra boca. Segun san Agustin, en este admirable pasaje se halla una de las muchas imágenes que anunciaron la encarnación del Hijo de Dios. La Persona divina en la encarnación se extendió, por decirlo así, se midió, se adaptó á la naturaleza humana y la volvió la vida divina que habia perdido en el paraíso, reconciliándola con su eterno Padre en el Calvario.

El Señor le manda que se presente á Acab.

Mas de dos años estuvo el profeta en casa de la viuda de Sarepta viviendo de la providencia, y faltaba poco para que se cumpliesen tres y medio que no llovía, cuando el Señor habló á Elías diciendo : Anda y preséntate á Acab para que yo dé lluvia sobre la tierra. Era ya extrema el hambre en todo Israel y la muerte desolaba el reino. No se dice que Acab tomase alguna providencia para socorrer á los hombres, pero sí que se interesó por sus bestias. Tal es la conducta del impío. Llamó á su mayordomo Abdías y le dijo : Anda, recorre la tierra : y mira si encuentras fuentes que no se hayan secado y valles que tengan yerba, para que coman y beban los caballos y mulos y no perezcan. Dividió el campo que se habia de recorrer, y él iba por una parte y Abdías por otra. La

impía y cruel Jezabel había declarado en este tiempo del hambre una persecucion á muerte contra los profetas del Señor, y Abdías, que era uno de los mejores y mas caritativos Israelitas, escondió en dos cavernas hasta el número de cincuenta en cada una y allí los mantenía.

Eliás se dispidió de la piadosa viuda y se dirigió á Samaria para presentarse á Acab segun el mandato del Señor. Venía Abdías recorriendo y reconociendo los campos, y Eliás le vió y fué á su encuentro. Abdías conoció al profeta, y postrándose sobre su rostro, dijo : ¿Por ventura no sois vos mi señor Eliás? Yo sois, le contestó. Anda y dí á tu señor que está aquí Eliás. Abdías conoció al momento lo arriesgado de este encargo, sabiendo quién era Acab y la disposicion en que se hallaba para con Eliás, y dijo : ¿Pues en qué he pecado y para qué entregéis á este vuestro siervo en manos de Acab para la muerte? Vive el Señor, que no hay gentes ni reinos adonde no haya enviado Acab á buscaros, ¿y ahora me decís : Anda y dí á tu señor : Aquí está Eliás? Y sucederá que, cuando yo me haya apartado, el espíritu del Señor os trasportará adonde yo no sé, y yo entraré á dar la noticia á Acab, y no hallándoos, me matará. Vuestro siervo teme al Señor desde su niñez. ¿Por ventura no os han dicho, señor mio, lo que hice cuando Jezabel mataba á los profetas, que escondí hasta ciento en dos cuevas, cincuenta en cada una, y allí los mantuve y libré la vida? ¿y ahora me decís : Anda y dí á tu señor : Aquí está Eliás, para que me haga morir? Vive el Señor. Dios de los ejércitos, en cuya presencia estoy, dijo aquí Eliás, que hoy me presentaré yo á Acab.

Escena del Carmelo.

Abdías con esta seguridad partió á dar á Acab la noticia de su encuentro con Eliás, y Acab no perdió momento en venir adonde estaba el profeta. ¿No eres tú, le dijo luego

que le vió, quien conturba á Israel? No, dijo el profeta, no soy yo quien ha turbado á Israel, sino tú y la casa de tu padre que habeis dejado los mandamientos del Señor y habeis seguido á Baal. El profeta hablaba como enviado de Dios, y Acab no solo no se atrevió á castigarle ni aun á reprenderle, sino que tuvo que obedecer sin réplica á cuanto Eliás dispuso. Congrega delante de mí, le dijo, á todo Israel en el monte Carmelo, y que vengan los cuatrocientos y cincuenta profetas de Baal y los otros cuatrocientos (consagrados á los ídolos) des los bosques, que comen de la mesa de Jezabel; y congregó Acab á todo Israel y á los profetas delante de Eliás en el monte Carmelo. Entonces Eliás esforzando su voz dijo á todo el pueblo congregado : ¿Hasta cuándo habeis de cojear hácia dos partes? Si el Señor es Dios, seguidle, y si lo es Baal, seguid á este; y no respondió el pueblo una palabra. Eliás viendo este silencio, volvió á decir : Yo solo he quedado de los profetas del Señor, cuando solo Baal tiene cuatrocientos y cincuenta. Dénsenos dos buyes (para ofrecerlos en holocaustos). Escojan ellos uno; divídanle en trozos y pónganle sobre la leña, mas no apliquen fuego á ella. Yo tomaré el otro, le dividiré en trozos y le pondré sobre la leña, y tampoco aplicaré fuego á ella. Invocarán ellos los nombres de sus dioses, y yo invocaré el nombre de mi Señor; y el dios, que enviare fuego para consumir la víctima, ese sea el Dios, y todo el pueblo respondió : Excelente proposicion. Era preciso estar bien asegurado de la voluntad y asistencia del Señor para exponer la religion á una prueba semejante; pero Eliás hablaba inspirado del Cielo. Dirigiéndose entonces á los profetas de Baal (los cuatrocientos de los bosques que comian de la mesa de Jezabel en Samaria, distante diez y ocho leguas del Carmelo, no podian concurrir), elegid, les dijo, un buey y sacrificad los primeros, porque vosotros sois mucho mas; invocad los nombres de vuestros dioses, pero no pongais fuego debajo.

Tomaron los profetas de Baal el buey que les fué

presentado, le sacrificaron é invocaban el nombre de Baal desde la mañana al medio dia, gritando : Baal, óyenos, y no se oía respuesta ni quien respondiese. Pasaban unos despues de otros saltando delante del altar y por encima de él, exclamando y gritando : Baal, óyenos; óyenos, Baal; pero Baal era un dios sordo y mudo que ni oía ni respondía. Se llegaba el medio dia que era su tiempo, y Elías al ver sus movimientos y al oír la vocería de cuatrocientos y cincuenta profetas que gritaban á una vez, se reía de ellos con una burla harto pesada. Gritad mas alto, les decia, aumentad vuestra vocería porque ese vuestro dios quizás esta en conversacion, acaso está en algun meson ó va de camino, y cuando no, estará dormido y no os oye. Gritad fuerte para que despierte. La burla era muy cumplida, y los profetas, heridos en lo mas vivo, daban mayores gritos, pero nada. Baal no respondía. Entonces acudieron al último recurso de sus supersticiones y ritos mentirosos. Tomaron cuchillos y lancetas y se sajabán por todas partes hasta quedar bañados todos en sangre, mas ni por eso. Baal no oía, ni miraba la sangre de sus profetas, ni escuchaba, ni respondía. Baal era una estátua y dormía el sueño de los palos y las piedras.

Llegado el medio dia, Elías tomó doce piedras, segun el número de los hijos de Israel, edificó con ellas un altar, puso leña sôbre él, hizo en rededor una gran zanja, dividió su buey en trozos y los puso sobre la leña. Hizo que trajesen cuatro cántaros de agua y los vertiesen sobre la víctima y la leña; volvió á mandar que trajesen otros cuatro y los vertiesen también sobre la víctima y la leña. Aun hizo traer otros cuatro y habiéndolos vertido sobre la víctima y la leña, corria el agua por todas partes en tanta abundancia que se empaparon y encharcaron la víctima y el altar y se llenó la zanja que habia hecho en toda su circunferencia; y siendo ya la hora de ofrecer el holocausto en el templo de Jerusalem, Elías se dispone para ofrecerle también sobre el Carmelo. Se acerca al

altar, se arrodilla, levanta sus ojos al cielo y exclama : Señor, Dios de Abraham y de Isaac y de Jacob, mostrad hoy que vos sois el Dios de Israel, y yo vuestro siervo, y que por vuestro mandado he hecho todo esto. Oídme, Señor, oídme para que sepa este pueblo que vos sois el Señor Dios.

Apenas habia acabado de pronunciar el profeta estas palabras, cuando viene fuego del cielo, y devora el holocausto, la leña, las piedras, la tierra y hasta el agua que habia en toda la zanja, dejándola toda seca. Cuando el pueblo vió tan asombroso portentoso, cayó sobre la tierra, y pegado su rostro con el suelo, exclamó : El Señor es el Dios. El Señor es el Dios. Si así es, dijo al momento Elías abrasado del celo del Señor, si así es, echad mano de los profetas de Baal y que no se escape ni uno. Sacrificad á vuestros impostores, á esos idólatras que apartan á Israel del culto del Señor y le entregan al culto del demonio. Echaron inmediatamente mano de todos, los llevaron al torrente Cison y allí los sacrificaron, cumpliendo con la ley que mandaba quitar la vida á todo profeta que incitase á Israel á la idolatría. Acab lo habia presenciado todo, y el tiempo ocupado en estas grandes escenas sin tomar alimento era ya demasiado, y se dilataria mucho mas si no se aprovechaban los momentos. Anda, dijo Elías á Acab, toma algun alimento, porque suena el ruido de una gran lluvia. Acab se retiró á comer, y Elías subió á la cumbre del Carmelo, se sentó, é inclinándose hácia la tierra, puso su rostro entre sus rodillas. Cuando hubo orado algun tiempo en esta postura, la mas propia para el recogimiento, llamó á su criado y le dijo : Anda y mira hácia el mar; y habiendo ido y mirado, dijo ; No se ve nada. Siguió Elías en oracion un breve rato y volvió á enviar á su criado para que viese si se descubria algo hácia el mar, y el criado dijo lo mismo que antes : No se ve nada. Hasta siete veces le envió Elías á mirar hácia el mar, y en la sétima vino diciendo : que subia del mar una nubecilla como la planta

de un hombre. Corre y dí á Acab que mande enganchar su carro y marche luego por que no le ataje la lluvia. Mientras que se dispuso el carro, principió un fuerte viento, vinieron las nubes, se oscureció el cielo, y cuando Acab subió al carro, ya principiaba la lluvia. El espíritu de fortaleza, dice el texto caldeo, vino entonces sobre Elías, y ciñendo su ropa á la cintura, echó á correr delante de Acab hasta llegar á Jezrael, sin parar en nueve leguas de distancia, ni embarazarse por la lluvia.

No habia frutos de conversion que no debiese esperar Elías en vista de tan públicos y estupendos milagros, ni recompensas que no mereciese por la lluvia que acababa de conceder el Señor por sus ruegos al reino de Israel despues de tres años y medio que no llovia; pero la ingratitude de Acab, la impiedad de Jezabel y la dureza del pueblo hicieron que se convirtiese para el profeta en amargura y persecucion su celo, y para el reino y sus reyes en veneno sus saludables remedios. Envió á decir Acab á Jezabel, que se hallaba en Samaria, todo lo que habia pasado sobre el Carmelo, las maravillas que habia obrado Elías, la afrenta que habia recibido Baal, y en fin la muerte de sus cuatrocientos y cincuenta profetas. Al oír estas relaciones Jezabel prorumpió furiosa en injurias contra Elías y en blasfemias contra Dios. Luego envió un mensajero á Elías, diciendo: Esto hagan conmigo los dioses y esto añadan si mañana á esta hora no hiciere yo de tu vida como tú hiciste de la de cada uno de los profetas de Baal. Pero ¡ó flaqueza! ¡ó miseria del hombre, cuando el Señor se retira y le deja en manos de sí mismo!

Huida de Elías.

Aquel Elías que con tanta firmeza habia hecho frente á Acab y le habia mandado con tanto imperio, teme ahora las amenazas de una mujer y apenas encuentra para ocultarse lugar seguro sobre la tierra. El Señor

retiró su poder de Elías para que Elías viese su flaqueza y para que no le precipitase el orgullo de la altura á que le habian elevado los favores, y por eso dijo san Gregorio, que este miedo, esta flaqueza de Elías fué guarda de su virtud. Huyó, pues, de Jezrael y caminando sin punto fijo, llegó á Bersabé, cerca de cincuenta leguas de Jezrael. Dejó allí el criado que le habia acompañado desde que estuvo en el Carmelo, y continuó su camino hasta el desierto, que era una jornada, y se sentó bajo de un enebro. Poseído de tristeza y penetrado de dolor y sentimiento al ver que los portentos que acababa de obrar el Señor por su mano solo habian hecho una impresion pasajera é inútil en los Israelitas, y ninguna en la impiedad de Acab, pidió á Dios que le llevase, pues ya en nada podría servir para su gloria, no habiéndolo conseguido con unas pruebas tan asombrosas. Bástame, Señor, dijo sumamente afligido, llevad mi alma, y echándose á la sombra del enebro, se quedó dormido; pero nunca está el justo mas cerca del consuelo que cuando está mas afligido.

Un ángel le trae alimento.

Hé aquí que un ángel del Señor le tocó y le dijo: Levántate y come. Elías despierta, se levanta sobresaltado, mira á todas partes y no ve persona alguna, pero se encuentra con un pan subcinericio y un vaso lleno de agua al lado de su cabecera. Lo toma, come, bebe y se echa á dormir de nuevo. Volvió el ángel del Señor segunda vez, y le tocó y dijo: Levántate y come, porque te resta un largo camino. Elías se levanta al momento, y para emprender el largo viaje que se le anuncia acaba de comer el pan de la providencia y de beber el agua del deseo. ¡Pan de fortaleza y agua de vida! ¡Sustento administrado por un ángel y preparado por Dios! ¡Sustento que bastó él solo para que anduviese Elías cua-

renta dias por desiertos y rodeos, huyendo la persecucion, hasta llegar al monte Horeb, llamado Monte de Dios desde que Dios obró en él tantos portentos! Allí vino á esconderse el perseguido profeta en una cueva para librarse de las pesquisas de Jezabel, que desesperada al verse sin la víctima, que habia ofrecido á Baal, no perdonaba terreno que no hacia registrar, ni diligencia que no hacia practicar para encontrarla.

Cueva al pié del monte Horeb.

Elias, escondido en su cueva, oyó una voz del cielo que le decia : que saliese á la boca de la cueva porque iba á pasar el Señor, y luego principió un viento tan fuerte que parecia trastornar los montes y arrancar las peñas; pero el Señor no venia en el viento. Siguió un gran terremoto; pero el Señor no venia en el terremoto. Trás del terremoto pasó un fuego de grandes llamaradas; pero el Señor no venia en el fuego. Y trás del fuego un silbo ó sopro de viente suave. Luego que Elias sintió este viente apacible, conoció que pasaba el Señor y al momento cubrió su semblante con su manto; y hé aqui que oyó la voz del Señor que le decia : ¿Qué haces ahí Elias? Y él respondió : Me abraso de celo por vos, Señor Dios de los ejércitos, porque abandonaron vuestro pacto los hijos de Israel, derribaron vuestros altares, pasaron á cuchillo á vuestros profetas, y yo he quedado solo y me andan buscando para quitarme la vida, Anda, le dijo el Señor, vuélvete por tu camino del desierto, dirígete á Damasco, y luego que llegues allá, ungrás á Hazael por rey de Siria, y á Jehú, hijo de Nansi, por rey de Israel, y á Eliséo, hijo de Safat, por profeta en tu lugar. Tiempo llegará en que el que escapare de la espada de Hazael, le matará Jehú, y el que escapare de la espada de Jehú, le matará Eliséo, y me reservaré en Israel siete mil varones que no han doblado las rodillas

delante de Baal, y todos aquellos que no han besado sus manos delante del ídolo en señal de adoracion.

Uncion de Hazael y Jehú, y vocacion de Eliséo.

El Señor pasó (dejó de comunicar con Elias) y Elias salió tan animoso de esta comunicacion, que si con el pan celestial y misterioso habia rodeado y atravesado el desierto, con esta comunicacion se hallaba en disposicion de rodear y correr el reino entero. Con efecto Elias tomó el camino del desierto, atravesó todo el reino de Judá de mediodía á norte, llegó á Damasco, ungió á Hazael por rey de Siria y á Jehú por rey de Israel. Buscó á Eliséo y le encontró arando con doce yuntas de bueyes, siendo el uno de los doce que los guiaban. Se acercó á él, le echó encima su manto, declarándole con este hecho que Dios le llamaba al ministerio de profeta, y se retiró. Eliséo, dejando al punto los bueyes, corrió trás de Elias y le dijo : Permittedme que vaya á dar un beso á mi padre y á mi madre, y luego os seguiré. Anda y vuelve, le dijo Elias. Yo tengo ya cumplido con lo que el Señor me ordenó. Eliséo fué á despedirse de sus padres y familia, y volviendo al campo de la labranza tomó los dos bueyes de su yunta y los degolló. Hizo pedazos el arado, formó con él su hoguera, coció la carne de los dos bueyes y la dió al pueblo (que se compondria de sus padres, hermanos, amigos y paisanos), quienes despues de haber comido, se volvieron á sus casas, y Eliséo siguió á Elias, de quien fué compañero inseparable hasta que heredó su espíritu y la sucesion en la profecia. San Ignacio mártir dice que Eliséo era virgen, y así vemos que pidió licencia á Elias, que tambien lo era, para despedirse no de su mujer, sino de sus padres.

Todo se iba disponiendo para el castigo que Dios determinaba hacer en el cismático Israel. Los dos ministros principales de las venganzas del Cielo, Hazael y Jehú,

estaban ya ungidos, y Elías y su discípulo Eliséo se preparaban en la soledad con la oracion y el ayuno para mantener con valor la causa del Señor contra todos los esfuerzos de la impiedad y de la idolatría. Acababa la furia de Jezabel contra Elías, despues de haberle buscado por todas partes sin encontrarle, habia calmado el alboroto en el palacio de Acab, y nadie turbaba el reino ni por dentro ni por fuera. El Señor mismo parecia que dormia acerca de los intereses de su gloria, dejando pasar acaso diez años en esta especie de calma. Sin embargo, aunque parecia que el Señor miraba con indiferencia las afrentas que los idólatras hacian continuamente á su Majestad, dando su gloria á becerros, no se olvidaba de ellas; pero su infinita misericordia queria aun convertirlos mas bien que verse precisado á castigarlos.

Guerra de Benadad, rey de Siria.

Permitió, pues, que el año diez y ocho del reinado de Acab, el rey de Siria Benadad, hijo de aquel Benadad que hizo tantas conquistas en Israel en tiempo de Baasa, viniese á turbar la dilatada paz que habia disfrutado el ingrato rey de Israel sin reconocer la generosa mano á quien la debia. Reunió Benadad todas sus tropas y hasta treinta reyes sus tributarios con las suyas, de modo que el ejército de Benadad se compuso de una infantería innumerable y de una multitud de caballería y carros armados. Acab, ocupado en fomentar la idolatría y exterminar los profetas del Señor para dar gusto á la fiera Jezabel, en nada habia pensado menos que en la defensa del reino. El Señor parece que permitió este adormecimiento para que la imposibilidad de defenderse hiciese mas admirable y apreciable la victoria que iba á concederle y contribuyese mas poderosamente á su conversion.

El rey de Siria no se detuvo á combatir ninguna de

las plazas de Israel que habia antes de llegar á Samaria, sino que se dirigió desde luego á la corte, y cuando llegó á su vista, sin pararse en atenciones, envió mensajeros á Acab para que le dijese: Esto dice Benadad: Tu plata y tu oro es mio, y tus mujeres y tus óptimos hijos son míos. Á esta proposicion Acab, que se habia olvidado que era hombre para levantarse contra Dios, no se acordó que era rey, y como si fuese el último de los vasallos de Benadad, le respondió: Conforme á tu palabra, mi rey y señor, tuyo soy y todas mis cosas. En vista de esta respuesta volvió á enviar Benadad sus mensajeros diciendo: Mañana á esta hora irán mis siervos y registrarán tu casa y las de tus siervos, y tomarán todo cuanto les agrade. Entonces Acab, como pedia tambien los bienes é hijos de los súbditos, convocó á todos los ancianos y les dijo: Ved que Benadad nos está armando un lazo. Me envió á pedir mis mujeres é hijos y la plata y oro, y no se lo negué, y ahora pide lo de mis súbditos; y todos los ancianos y todo el pueblo le dijeron: No le oigas ni condesciendas con él; y envió á decir Acab por los mensajeros: Haré todas las cosas que dijiste antes á tu siervo, mas lo que dices ahora no lo puedo hacer. Luego que Benadad oyó la respuesta de Acab, volvió á enviar sus mensajeros diciendo: Esto hagan conmigo los dioses y esto añadan, si el polvo á que será reducida Samaria bastare para llenar los puños del ejército que me sigue. Acab, aunque temblando, contestó á esta amenaza terrible: Decid á Benadad que no se glorie el que toma las armas como el que las deja, que fué decirle: que no cantase la victoria antes de la pelea. Cuando Benadad recibió esta respuesta estaba bebiendo con los reyes en sus pabellones, y dijo á sus tropas: Cercad la ciudad; y luego la cercaron.

Acab estaba perdido, y bajo del cielo no le quedaba otro arbitrio que perecer con toda su corte entre sus ruinas ó entregarse á discrecion, si Benadad queria recibirle y conservarle. Á tal estado permitia el Señor que

se viese reducido para obligarle á recurrir á su proteccion, á volverse al Dios de sus padres y á abandonar y destruir los ídolos y la idolatría, y en la desolacion en que se hallaba, parecia regular que entrase en su deber, reconociese sus extravíos y se acogiese al amparo del poderoso Dios de sus padres; pero el desdichado príncipe estaba sumergido en el abismo de la abominacion, y fué necesario que el Señor, abismo de misericordias, previniese el remedio que el príncipe no buscaba.

Primera victoria que concede el Señor á Acab.

Envió, pues, un profeta para que le dijese de parte del Señor: ¿Has visto toda esa innumerable multitud? Pues sabe que yo la pondré hoy en tus manos para que entiendas que yo soy el Señor. Acab oye al profeta, le cree, pero ni da gracias al dispensador del beneficio, ni levanta sus ojos al cielo para mostrar su agradecimiento, ni siquiera se acuerda del Señor. Todo su cuidado es saber cómo saldrá de la devastacion y el exterminio que amenaza, tanto á él, como á su corte y su reino. ¿Y por quién, pregunta ansioso al profeta, por quién se hará esto? Por los criados de á pié de los príncipes de las provincias. ¿Y quién principiará á pelear? Tú. Contó, pues, los criados de á pié y halló doscientos treinta y dos: tambien contó todos los hijos de Israel y halló siete mil. Salieron, pues, los primeros ó de vanguardia los criados de á pié, y Benadad envió á reconocerlos. Son, le dijeron, unos hombres que han salido de Samaria. Pues si vienen, dijo, á tratar de paz, prendedlos vivos, y si á pelear, haced lo mismo. Continuaba avanzando con espada en mano la despreciable vanguardia y la seguía el ejército, que á proporcion no era menos despreciable, y no se podia contar sino con su exterminio en un momento; pero era el poder del Señor quien iba

á pelear en esta tropa insignificante, y con su ayuda cada uno de los criados mató al que venia á su encuentro. Huyeron los Sirios porque el terror del Señor vino sobre ellos, y los persiguió Israel; y huyó tambien Benadad y con él lo principal de su caballería. Á este tiempo salió Acab con su guardia, se unió con su reducido-ejército, y mató los caballos, destruyó los carros é hizo un estrago tan grande en los Sirios que parecia que en muchos años no podrian ya levantar cabeza.

Sin embargo el profeta que le habia anunciado la victoria, presentándose otra vez á Acab, le dijo: Anda, descansa y piensa lo que has de hacer, porque al año volverá contra ti el rey de Siria. Los paganos, que no podian figurarse un Dios inmenso que atendiese á todo, contaban con dioses limitados, y creian que tenian repartido entre si el gobierno del mundo, y que unos dioses reinaban sobre el aire, otros sobre la tierra, y á este modo, sobre los mares, sobre los cerros, sobre los valles, sobre los montes, sobre las campiñas... Los Sirios creyeron que el Dios de Israel era el Dios de los montes, y que la batalla se habia perdido por haberla dado en su terreno, y dijeron á Benadad: Reemplaza el ejército, y pelearémos con Israel en los valles y le vencerémos. Benadad lo hizo así, y al año subió á la ciudad de Afec para pelear contra Israel. Los Israelitas no los esperaron en Samaria sino que salieron á su encuentro, y divididos en dos cuerpos, acamparon en frente de ellos; pero eran en tan corto número, que parecian dos pequeños rebaños, comparados con los Sirios que cubrian toda la tierra.

Segunda victoria

En esta situacion se presentó un varon de Dios (que seria el profeta de la campaña anterior) y dijo á Acab: Esto dice el Señor: Por cuanto han dicho los Sirios: el Dios de Israel es el Dios de los montes y no lo es de los